El discurso completo del Papa León XIV ante los jóvenes (10.Nov.2026)

¡Muchas gracias! ¡Gracias a todos! Queridos jóvenes, queridos amigos: ¡Bienvenidos todos!

¡Qué alegría volver a este lugar, esta vez para encontrarme con ustedes! ¡Buenas noches! En el Monumento de los Españoles hay esculturas que representan cuatro grandes regiones de la Argentina: los Andes, el Chaco, la Pampa y el Río de la Plata. ¡Qué hermoso que hoy esas tierras estén representadas por tantos jóvenes! Los saludo a todos.

Gracias por este caluroso recibimiento, así como por sus preguntas y testimonios. Agradezco también a Mons. García Cuerva, Arzobispo de esta ciudad, las palabras que me ha dirigido. Hemos querido comenzar este encuentro con un signo: el fuego de nuestras velas. Escuchemos lo que nos dice Jesús: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!» (Lc 12,49). Es el fuego de su amor, comunicado por el Espíritu Santo, que purifica nuestro corazón y nos hace capaces de amar.

Quisiera hablarles ahora de otro fuego: el de un horno en Babilonia. El libro del Profeta Daniel (cf. 1,3-7.17-20; 2,49; 3,1-93) nos cuenta la historia de tres jóvenes: Ananías, Azarías y Misael. Vivían desterrados en aquella tierra, donde aprendieron otra lengua, recibieron nuevos nombres y encontraron un lugar en la administración del reino. Tenían un futuro por delante. Hasta que llegó el día de elegir a quién entregarían su corazón. El rey Nabucodonosor había levantado una inmensa estatua de oro y ordenó que todos se postraran ante ella. Quien no lo hiciera sería arrojado a un horno encendido. Imaginen la escena: una multitud inclinándose ante el coloso y solo tres jóvenes permanecen de pie.

El rey les ofreció una última oportunidad. Bastaba un gesto para continuar tranquilamente con sus vidas. Ellos respondieron que Dios podía librarlos del fuego, pero añadieron: «Y aunque no lo hiciera» (3,18), no adoraremos aquella estatua. ¡Cuánta libertad hay en esa respuesta! No sabían lo que iba a suceder. Conocían el castigo que les esperaba, pero sabían que solo en Dios encontrarían la felicidad.
Queridos amigos, también hoy se levantan ídolos que reclaman nuestra adoración: el éxito a cualquier precio, el dinero, la obsesión por la apariencia,

la popularidad o la búsqueda desenfrenada del placer. A veces, con tal de conseguir la aprobación de los demás podemos llegar a mentir, traicionar o humillar a alguien en las redes sociales.

La envidia puede impedir que nos alegremos por el bien ajeno, y el egoísmo puede llevarnos a tratar a las personas como objetos. Hay también quienes hacen negocio ofreciendo placeres que terminan por esclavizarnos, como la pornografía y diversas sustancias.

Agustín nos ha dicho: “Hoy estoy de pie”. ¡Qué fuerza adquieren esas palabras al recordar a los tres jóvenes de Babilonia! También ustedes están llamados a permanecer de pie ante los ídolos de nuestro tiempo. ¡No se arrodillen ante aquello que no puede darles vida! Y si alguna vez han caído, ¡levántense! No permitan que nada ni nadie les arrebate la libertad que Dios les ha dado.

Durante la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, el Papa Francisco pronunció unas palabras que recorrieron el mundo: «Todos, todos, todos» (Ceremonia de acogida, 3 agosto 2023). Las pronunció con aquella insistencia tan suya, como quien deseaba asegurarse de que nadie se hubiera quedado sin escuchar. Quisiera inspirarme en aquellas palabras para hablar de lo que significa vivir como discípulos de Jesús: todos hacia Cristo, todos con Cristo, todos como Cristo.

Ante todo, todos hacia Cristo. Entre ustedes hay quienes han crecido cerca de Jesús y quienes recién ahora comienzan a buscarlo; quienes llevan mucho tiempo sin rezar, se han alejado de la Iglesia o han sido heridos por personas que debieron acompañarlos. A cada uno quisiera decirle: ¡hay un lugar para ti en la Iglesia! Con tus preguntas, tus heridas y tu historia. Esta es también tu casa. No tienes que fingir que todo está bien ni esperar a tener la vida resuelta para acercarte. Y a ti, que crees que ya es demasiado tarde para comenzar de nuevo, quisiera decirte: ¡bienvenido! Sin importar quién seas o qué hayas hecho, Jesucristo te conoce, Jesucristo te ama y quiere que estés cerca de Él.

Como hemos escuchado, a Guadalupe una pregunta le cambió la vida: “¿Quién te dijo que ya es tarde?”. Quisiera repetirla esta noche a quienes creen que se han alejado demasiado y a quienes alguna vez les hicieron sentir que no había lugar para ellos en la Iglesia. ¡También a ustedes los está buscando el Señor! Recuerden a Zaqueo. Subió a un árbol para ver a Jesús y descubrió que Él

también lo estaba buscando. ¡Lo llamó por su nombre y quiso hospedarse en su casa! Aquel encuentro lo llevó a reparar las injusticias que había cometido (cf. Lc 19,1-10). Nadie ha caído tan bajo que Cristo no pueda levantarlo. Que nuestras comunidades tengan siempre abiertas sus puertas; que sepan recibir a quien llega con preguntas, auxiliar a quien sufre y acompañar con paciencia a quien busca a Dios.

Ahora volvamos a Babilonia. Los tres jóvenes fueron atados y arrojados al horno. Las llamas se levantaban con tal violencia que alcanzaron a quienes ejecutaban la sentencia. Pero el rey vio algo incomprensible: había arrojado a tres hombres y ahora distinguía a cuatro, caminando libremente entre las llamas. El Señor había enviado a su ángel para protegerlos. ¡Los habían arrojado atados y ahora caminaban libres! El rey los había condenado al fuego, pero Dios no los abandonó. Aquí está nuestro segundo «todos»: todos con Cristo.

Nosotros conocemos la plenitud de aquel gesto. La humanidad había quedado sometida a la muerte a causa del pecado, pero Dios vino a nuestro encuentro. El Hijo de Dios se hizo hombre, compartió nuestros sufrimientos y cargó con nuestros pecados. Por amor a nosotros, entregó su vida en la cruz y, al tercer día, resucitó. ¡Jesucristo está vivo! ¡Jesucristo ha vencido a la muerte y nos ha liberado de su poder! Queridos jóvenes: Cristo nos ama y quiere hacernos partícipes de su propia vida. Él ha prometido permanecer junto a sus discípulos hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). ¡Cristo les ofrece una vida que ni siquiera la muerte podrá arrebatarles!

Hay un detalle del relato que me conmueve. Desde el horno, Azarías elevó una oración: «Acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde» (Dn 3,39). Aquel joven había resistido al rey y, sin embargo, reconocía ante Dios su necesidad de misericordia. ¡Qué admirable oración! También nosotros la necesitamos. Todos conocemos la distancia que, a veces, existe entre el bien que deseamos y nuestras decisiones. Y todos necesitamos convertirnos.

Cristo nos ama como somos, pero su amor es demasiado grande para dejarnos prisioneros del pecado, de aquello que nos destruye. El fuego que Él vino a traer tiene fuerza para romper nuestras ataduras y devolvernos la libertad para amar. Hay heridas que sanar, faltas que reconocer y, cuando sea posible, males que reparar. ¡Déjense transformar por Cristo! No tengan miedo de

acercarse al sacramento de la Reconciliación. ¡Cuánto bien hace saber que nuestros pecados pueden ser perdonados! Recen, lean el Evangelio, acérquense a la Eucaristía. Allí nos espera Aquel que entregó su vida por nosotros.

En medio del horno, los tres jóvenes comenzaron a cantar. Invitaron a los cielos y a las estrellas, a las montañas, los ríos y todos los seres vivos a bendecir al Señor. Incluso dijeron: «Fuego y calor, bendecid al Señor» (3,66). ¡Invitaban al mismo fuego que los rodeaba a unirse a su alabanza! Su cántico fue ensanchándose hasta abarcar la creación entera. Me gusta pensar que aquel cántico continúa y que cada generación puede añadirle su voz. ¡Qué hermoso sería que todo cuanto hacemos pudiera convertirse en una alabanza! Quizá hoy podríamos cantar: Arte y cultura, bendecid al Señor. Juegos y deportes, bendecid al Señor. Ciencia y tecnología, bendecid al Señor. Redes y pantallas, bendecid al Señor. Música y fútbol, bendecid al Señor. ¡Que todo cuanto existe, bendiga al Señor y lo ensalce con himnos por los siglos!

Al comienzo de la historia, el rey había ordenado que todos adoraran su estatua. Al final, aquellos jóvenes invitaban a todos a bendecir al Señor. El rey necesitaba amenazar para conseguir que se inclinaran; los jóvenes, que no tenían otro poder que su fe, invitaban al universo entero a compartir su alegría. Y llegamos así al tercer «todos»: todos como Cristo.

Queridos jóvenes, quien ha encontrado a Cristo está llamado a vivir como Él (cf. 1 Jn 2,6). Y a eso quisiera invitarlos esta noche: ¡a ser santos! Los santos también conocieron sus debilidades, pero fue la gracia de Dios la que transformó sus vidas y les enseñó a amar. Jesús nos mostró el camino: «Ámense los unos a los otros como yo los he amado» (Jn 13,34). Ese «como» tiene detrás una imagen que nunca deberíamos olvidar: Jesús arrodillado a los pies de sus discípulos para lavárselos. ¡El Señor de todos se hizo servidor de todos!

También ustedes pueden lavar los pies de sus hermanos. Compartan el pan con quien pasa hambre, abran sus puertas al que no tiene hogar, visiten a los enfermos y a quienes nadie quiere visitar. Existen también sufrimientos que no se ven: una persona que necesita consejo o corrección, alguien que espera palabras de consuelo, otro que necesita saberse amado. ¡Cuántas ocasiones nos ofrece el Señor para ser como Él! Que sus vidas sean como páginas del

Evangelio, escritas con la tinta de la misericordia, para que quienes los encuentren puedan reconocer en ustedes algo del amor y de la alegría de Jesús.

Esa alegría nace de la amistad con Él y nos impulsa a llevarlo a los demás. Recuerden a los discípulos de Emaús. Cuando reconocieron al Resucitado al partir el pan, se dijeron: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?» (Lc 24,32). Aquella misma noche regresaron a Jerusalén. ¡No podían guardar para sí la alegría de saber que Cristo estaba vivo! Al comenzar les he dicho: «¡Bienvenidos todos!». Ahora, como Sucesor de Pedro, les confío la segunda parte de nuestro lema: «¡Vayan y anuncien!». Vayan a sus ciudades y pueblos, a cada rincón y periferia. Que quienes se sienten lejos de Dios descubran, a través de ustedes, que Cristo los está buscando.

Dentro de poco bendeciré la cruz que recorrerá sus comunidades. Que, al pasar esa cruz de unas manos a otras, pase también de un corazón a otro el fuego del amor de Cristo. Que Nuestra Señora de Luján los acompañe y los guíe siempre por este camino: ¡todos hacia Cristo, todos con Cristo, todos como Cristo! ¡Vayan y anuncien!